

La política internacional soviética: mitos y realidad

CARMEN CLAUDIN *

La historia de la política internacional soviética es en cierta manera la historia de cómo una revolución «atípica» (desde el punto de vista de los teóricos de la revolución mundial) engendra un modelo normativo de proyección mundial; de cómo las características y las imposiciones políticas, sociales y económicas de una determinada coyuntura histórica en un país determinado se van institucionalizando en leyes y normas universales de la transformación social.

De Stalin a Brezhnev, toda la política exterior soviética ha evolucionado dentro de un marco de referencias políticas y teóricas permanentes y se ha guiado por un objetivo inalterable: la consolidación externa del poder del Estado soviético bajo diversas formas, en función de la apreciación que han tenido las sucesivas direcciones de las prioridades internas y de la correlación de fuerza en la escena internacional, en la perspectiva invariada de una hegemonía mundial que evite la confrontación directa. «Socialismo en un solo país», «coexistencia pacífica» o «distensión» son los distintos nombres de una misma dinámica, como siempre lo han entendido los dirigentes soviéticos que no en vano, pero no por las razones que ellos aducen, han proclamado su fidelidad a una línea política coherente desde 1917. Averiguar en qué consiste esta coherencia, cómo ha ido adaptándose al desarrollo internacional y cómo ha influido en éste, es la base *sine qua non* para el entendimiento de la política exterior soviética.

(*) Licenciada en Filosofía por la Sorbona, París I. Miembro del TNI (Transnational Institute), Amsterdam.

Nacimiento de la política exterior soviética

Muy brevemente, conviene recordar que, para Lenin, la primera razón de ser del Estado soviético es la inminencia de la revolución mundial, ligada al derrumbamiento definitivo del capitalismo. El Estado soviético es el apoyo de la revolución en el mundo; cuando ésta estalle, «los obreros europeos nos enseñarán como se debe hacer». El alejamiento de las perspectivas revolucionarias en Europa cambia radicalmente la situación: El Estado soviético tiene que resistir en tanto que Estado. Lo que en Lenin se traduce por una preocupación constante y proclamada —aunque a menudo infructuosa— sobre cómo afrontar las contradicciones inevitables entre una política de principios y una política de Estado, se resuelve en Stalin con la teoría del «socialismo en un solo país». La idea es sencilla: a pesar de su aislamiento, la URSS puede realizar totalmente el socialismo (lo cual será decretado a mediados de los 30). Para ello, necesita del apoyo de todas las fuerzas revolucionarias y democráticas en el mundo a las que la URSS ayudará con su fuerza y su ejemplo. De la ecuación Estado soviético = Estado socialista realizado derivan todos los resortes políticos y mentales que estructuran el eje permanente de la política internacional soviética hasta la fecha (así como la percepción que de ésta tiene gran parte de la izquierda en el mundo). La expresión de esta ecuación es una tautología: para apoyar el socialismo, hay que apoyar el Estado soviético porque es socialista; para apoyar el Estado soviético socialista hay que apoyarlo en tanto que Estado; para apoyarlo en tanto que Estado se deben subordinar los intereses nacionales a los intereses del Estado soviético que los trascienden puesto que representan el socialismo realizado. Este círculo perfecto encierra toda la legitimidad ideológica, todo el capital político y moral de la política internacional soviética.

De la coexistencia pacífica a la distensión

El período de Stalin culmina, al salir de la II Guerra Mundial, con la emergencia de la URSS como gran potencia. Lo que Stalin consigue en las negociaciones iniciadas en Yalta (después de haberlo intentado con el pacto germano-soviético, cegado por ilusiones que les costaron muy caro a muchos pueblos europeos y al soviético en particular) es el reconocimiento internacional y la consolidación definitiva de la expansión territorial de su dominio europeo en una perspectiva que, desde entonces, la Unión Soviética considera como irreversible e innegociable. En este caso, la política soviética consigue triunfar ahí donde los designios zaristas habían fracasado siempre: estabilizar definitivamente sus «fronteras naturales». La época de repliegue continental que acaba con Kruschchev responde fundamentalmente a las

necesidades del Estado soviético de consolidarse por dentro en sus formas definitivas pero también a la visión predominantemente eurocentrista (heredada de Lenin y de la tradición marxista) de dónde se encuentra el lugar privilegiado de la lucha por la hegemonía.

— A partir de los años 50, se va a abrir una nueva era para la política exterior soviética. Dos datos fundamentales orientarán las opciones de Kruschev: 1) al contrario de lo teorizado hasta ahora, el capitalismo no se estaba hundiendo sino que salía renovado y fortalecido tras el conflicto internacional. 2) los pueblos del Tercer Mundo, por un lado, estaban desempeñando un protagonismo insospechado hasta entonces y desplazaban el centro europeo como campo de los conflictos internacionales, y por otro, buscaban vías de desarrollo que les librasen del viejo y nuevo imperialismo occidental.

En el primer punto, Kruschev recoge la idea de Lenin de una «coexistencia pacífica» que permita a dos sistemas antagónicos cohabitar e incluso desarrollar relaciones de cooperación dentro de un marco de no beligerancia militar. Pero esta coexistencia pacífica no excluye sino que *incluye* lo que Kruschev llama la «competición», competición ideológica entre los dos sistemas en tanto que modelos de desarrollo y competición política internacional, resultado de lo anterior. El papel de la coexistencia pacífica, por consiguiente, es proporcionar a las dos potencias un marco de entendimiento dentro del cual se respeten los intereses adquiridos y se resuelvan los conflictos que inevitablemente irán surgiendo de nuevos intereses creados: conseguir armonizar, en una palabra, el *statu quo* y la expansión. No se trata de poner fin a las aspiraciones hegemónicas sino de encontrar una *manera* de que no desemboquen en enfrentamientos armados directos.

Los países del Tercer Mundo son evidentemente el terreno privilegiado de la «competición» internacional. El proceso de descolonización ayuda a los soviéticos a desarrollar relaciones ya existentes en algunos casos así como otras nuevas en el terreno diplomático, comercial y de ayuda económica y militar. Su prestigio como primer gran Estado socialista, su industrialización rápida, su presentación como modelo de desarrollo alternativo, sus afirmaciones de una política antiimperialista, todo esto conjugado con el inapreciable ejemplo de su alianza con el primer gran país descolonizado, China, contribuyen poderosamente a que un gran número de países se vuelvan hacia la URSS. En la época de Kruschev, se pone el acento en la coincidencia de los intereses políticos y económicos aunque, como en el caso de Egipto en 1955, se aprovechan también las ocasiones que ofrecen los fallos occidentales para iniciar las relaciones a través de la ayuda militar, y sobre esta nueva base intentar modificar las correlaciones de fuerza en la zona. Esta línea coincide a su vez con las opciones internas del equipo dirigente. De manera general, Kruschev da prioridad al plano económico sobre el militar en la consolidación del Estado soviético, y en el plano militar al desarrollo tecnológico (carrera espacial, nuclear, etc.) sobre el desarrollo de las fuerzas convencionales.

Sin embargo, la complejidad específica a la situación del Tercer Mundo pone en evidencia que la convergencia, en un momento dado, de intereses políticos, o incluso puramente económicos, no da una garantía de estabilidad suficiente para la política soviética. La ruptura con China, por otra parte, modifica peligrosamente para la URSS el mapa del equilibrio mundial, vulnerizando sus fronteras orientales e introduciendo un tercer interlocutor posible para los países en desarrollo. Además, el acento puesto en la ayuda económica exterior representa un peso excesivo para un Estado como el soviético en donde los vanos intentos de Kruschev no consiguen reequilibrar y dar un impulso real a la propia economía nacional. A todo ello, los dirigentes soviéticos suman la lección del asunto de los misiles en Cuba: hay que tener los medios de su política. No se puede lanzar una operación de tal envergadura si no se tiene todos los medios logísticos que la apoyen en caso necesario.

— La combinación de estos factores, más razones directamente ligadas a las luchas internas de la clase dirigente soviética, contribuye a la eliminación de Kruschev y a la reorientación de las opciones soviéticas bajo el signo de la «distensión».

El rasgo dominante de este período que llega a la actualidad, es la valorización de lo militar en la apreciación de lo que debe constituir el eje central de la potencia soviética. Lo cual, dentro de la perspectiva ya enunciada, no excluye en absoluto una voluntad negociadora, al contrario. Ratificar un momento determinado de las relaciones de fuerza es una buena manera de ganar tiempo o de marcar puntos según el caso. Desde el punto de vista interno, esta opción responde mejor a las posibilidades de la economía soviética que, desde Stalin, ha favorecido siempre el desarrollo de la industria pesada, lo cual ha beneficiado en primer lugar a la producción militar. Esta característica interna hace que, para el Estado, la ayuda exterior resulta más fácil de soportar si se basa sobre el sector más sano y avanzado de su economía.

Dentro de este nuevo enfoque, se deja de privilegiar en el Tercer Mundo la convergencia de los intereses políticos. La variedad y la flexibilidad van a caracterizar las relaciones independientemente del tipo de régimen en vigor (el Irán del Shah, la Argentina de los militares, etcétera). Unas cuantas bases fuertes de su presencia (Cuba, Vietnam, Yemen del Sur, Angola, etc.) sirven para irradiar su influencia. Una vez logradas una flota y una fuerza aérea proporcionadas a su estatuto de gran potencia, lo importante es asegurarse en el mapa una infraestructura marítima y aérea operativa. Esta política de repliegue y adelanto, según la percepción de la correlación de fuerzas internacionales y locales, y según la percepción de las propias prioridades internas (como en Afganistán), se ajusta mejor a la complejidad del Tercer Mundo en donde, por añadidura, el factor chino y el factor islámico son —como para los americanos, por otra parte— una fuente de

incógnitas potencialmente desestabilizadoras para las previsiones soviéticas.

Por fin, la cuestión de los países «no alineados», molesta en un principio, es vista en la actualidad por la URSS de manera particularmente favorable, pues más que la voluntad de una tercera vía ve en ello un proceso que, «por su propia dinámica», lleva a una convergencia cada vez más integrada de ambos intereses: «La experiencia demuestra que el no alineamiento no es una tercera vía que se mantiene a igual distancia de la política exterior de los países imperialistas y de la de los países socialistas. (...) Los principios de coexistencia pacífica y de no alineamiento son un obstáculo a la agresión imperialista; constituyen un puente entre los jóvenes Estados nacionales de Asia y África y los países socialistas en su lucha común por el progreso social. En este sentido, son, en la esfera de las relaciones internacionales, la prolongación de la política de progreso iniciada por el gran Octubre». (B. G. Gafurov, Moscú, 1977).

La noción de seguridad nacional: uso y abuso de la ideología

La noción soviética de seguridad nacional no se puede entender plenamente si no se ve cómo interviene en ella, de manera absolutamente indivisible, la dimensión ideológica. El Estado soviético y su potencia exterior se han construido y consolidado gracias a la perfecta combinación de los métodos más tradicionales de una política de vocación hegemónica con la presentación (legitimación) de ésta como política de principios. La ecuación, descrita más arriba, Estado soviético = Estado socialista = socialismo es uno de los factores que, más poderosamente, ha contribuido a los éxitos de la política internacional del Estado soviético. Basta con leer cualquier texto oficial, desde Stalin hasta Andrópov, para ver que la cuestión de la seguridad nacional está *siempre* ligada a los intereses trascendentes de la causa internacional del socialismo: defensa del socialismo en la URSS y, *a través de ésta*, proyección y defensa del socialismo en el mundo. El criterio por el que se mide la «autenticidad» de las aspiraciones socialistas (en un partido, movimiento o Estado) es la adecuación (de ese partido, movimiento o Estado) con los intereses del Estado soviético. Este criterio permite descalificar automáticamente de la categoría de socialistas todos aquellos que en el pasado (China, Yugoslavia, «eurocomunismo»), o en el futuro no respeten las reglas del juego. La manipulación de esta dualidad es lo que rige la política soviética frente a la «amenaza exterior» y en la resolución de las crisis internas del bloque.

Volvamos a la realidad. La vieja «raison d'Etat» es un argumento que los dirigentes soviéticos siempre han valorado y sabido emplear muy bien. Stalin llega incluso a indignarse de que las potencias occidentales pretendan negar a la URSS ese legítimo derecho que ellas

mismas se reconocen: «Parece que no estén de acuerdo para reconocer a la Unión Soviética el derecho de contar con un gobierno amigo en Polonia y para admitir que el gobierno soviético no puede aceptar la existencia en Polonia de un gobierno hostil. (...) Yo no sé si en Grecia el gobierno es realmente representativo y si el gobierno belga es realmente democrático. (...) El gobierno soviético no ha pretendido inmiscuirse en estos asuntos, porque comprende el significado que Bélgica y Grecia tienen para la seguridad de Gran Bretaña. Es incomprendible que, a la hora de discutir la cuestión de Polonia, no se quiera tener en cuenta los intereses de la Unión Soviética desde el punto de vista de su seguridad» (Correspondencia Stalin-Churchill-Roosevelt). O como diría Molotov en una declaración en 1948, es «totalmente comprensible que los Estados Unidos «apliquen también una política destinada a reforzar sus lazos» con países de América Latina.

Legitimidad de Estado, a su vez legitimada por su socialismo, es la visión que tienen y, sobre todo, *dan* de sí mismos los dirigentes soviéticos. De ahí que la amenaza exterior es, por definición, doble y reversible: amenazar el Estado soviético equivale a amenazar el socialismo y sus conquistas internacionales; amenazar las conquistas internacionales del socialismo (Cuba, Angola, países del Este, etc.) es amenazar el Estado soviético. La extensión de la noción de amenaza exterior es evidentemente un fenómeno de la posguerra que coincide con la expansión de la potencia soviética. Pero la lógica de dicha noción sigue siendo la misma que para el bloque de Europa oriental. Con una diferencia fundamental, sin embargo: el cordón europeo es absolutamente intocable para la URSS, porque en él se confunden las bases *externas e internas* de la seguridad nacional soviética. Para captar la importancia vital que representan los países del Este para la URSS, hay que entender primero que la política exterior soviética es a la vez, como lo han afirmado sus dirigentes, un instrumento privilegiado, un garante, de su política interna. Los países del Este son *la razón de ser por excelencia* de este doble papel de la política exterior soviética. Representan un cinturón de seguridad militar privilegiado para la URSS, pero son, sobre todo, su cinturón de seguridad política de uso interno. Permiten la demostración *per se* de que no hay, ni puede haber, otro socialismo que el vigente. Las características diferentes de uno u otro país entre sí y respecto a la Unión Soviética no son vistas (ni son en realidad en cuanto a modelo de base) como diferencias estructurales, sino como peculiaridades nacionales. De ahí que la noción de amenaza exterior encuentre su «lógica» contrapartida, a nivel interior, en la noción de «complot» tan querida por los dirigentes soviéticos. Es la versión rusa del mismo fantasma propagandístico que, con idéntica e impertérrita constancia, agita la administración americana y que consiste en ver la mano del otro en todos los conflictos que ponen en cuestión la propia supremacía. Las crisis internas del bloque soviético no son *nunca* el resultado de un proceso político y social interno derivado de contradicciones específicas, sino la obra

de un puñado de agitadores a sueldo del imperialismo americano. La paradoja sería burlesca si la realidad no fuera tan poco divertida: nunca las fuerzas imperialistas habrán tenido tanto poder subversivo para movilizar millones de personas como en el mundo del socialismo realizado. En cualquier caso, el método seguido para resolver la crisis no varía: la intervención armada o la amenaza de intervención, siempre motivada por una petición interna de ayuda (del lado soviético, es una tradición que empieza ya con el caso de Georgia en 1922, reconocida oficialmente entonces como Estado independiente).

Teniendo en cuenta estos datos, la cuestión de Afganistán se inscribe lógicamente dentro de la óptica soviética de su seguridad nacional. Para los dirigentes soviéticos, no se trataba de desestabilizar la zona a su favor sino, al contrario, ratificar con las armas la estabilidad de una situación tradicionalmente favorable y que estaba en vías de modificarse en su contra. La necesidad (frente al factor chino, a la incógnita iraní y su propio problema islámico) y la posibilidad (el reconocimiento internacional de Afganistán como país de su órbita) de consolidar sus fronteras meridionales, con la misma perspectiva de solidez que en Europa, no podían dejar de pensar en la decisión de los dirigentes soviéticos. Respaldados una vez más por su consiguiente justificación ideológica: la necesidad de defender los intereses del socialismo y el deseo de demostrar su solidaridad internacionalista cuando ésta es requerida. Es normal, dice un especialista ruso de los problemas internacionales, que «la autoridad de la URSS y demás países socialistas se extienda en Asia y en África porque ésta es la lógica de la historia, el resultado normal de la política leninista de alianza con los movimientos de liberación nacional de los pueblos oprimidos» (Ulianovski, R. A., Moscú, 1980).

A modo de conclusión

Tenemos el triste privilegio de vivir un momento crucial de nuestra historia que nos confronta diariamente con la cuestión de saber no ya qué futuro tendremos, sino simplemente si habrá algún futuro. La locura de la carrera armamentista tiene una lógica tal que, como lo advierte E. Thompson, va adquiriendo una autonomía cada vez mayor, la cual está destruyendo aquello que la hizo posible, «the very moment of politics». Nuestra única esperanza reside en contribuir, bajo todas las formas posibles, a ensanchar al máximo ese margen de lo político. Luchar contra la división del mundo en dos bloques exige, como mínimo, saber lo que son, representan y cómo funcionan las dos superpotencias enfrentadas.

Pensar, por ejemplo, como es corriente entre la izquierda en general y los movimientos pacifistas en particular, que la política exterior soviética es una política « eminentemente » defensiva, empujada a

la carrera armamentista exclusivamente por los designios agresivos del imperialismo americano, es desconocer gravemente la profunda realidad del sistema soviético. Representa, además, amputar seriamente las posibilidades de reflexión y de acción de la izquierda. Es como obligarla a mirar con un solo ojo, cuando podría ver con ambos. La carrera armamentista no es más que el resultado aberrante, la expresión paranoica que nos amenaza a todos, de una lucha por la hegemonía que requiere, por definición, al menos dos contendientes. La percepción de la amenaza del otro es el mecanismo que regula esta lucha, y que la justifica por ambos lados. La justifica como política puramente reactiva, como resultado de una determinación que no se sitúa dentro sino fuera del sistema. Pero lo que se pretende escamotear con esta argumentación es la corresponsabilidad del sistema soviético, el hecho de que es la naturaleza específica de éste la que le lleva a entrar *orgánicamente* en la lógica de la lucha por la dominación.

Sabemos reconocer y poner de manifiesto la falsedad, la mentira y los intereses reales que se esconden detrás de la fraseología de la administración americana; sabemos qué quieren decir en realidad para ellos los términos de «democracia», «libertad», «ayuda mutua», «independencia», etc., y cómo los utilizan en contra de los intereses de los pueblos para sacar sus propios beneficios políticos y económicos. Pero en el caso de la otra gran potencia, que pesa sobre el destino de nuestras vidas, se sigue tomando al pie de la letra aquello que sus dirigentes dicen de sí mismos y de su política («de paz», «defensiva», «de liberación», «ayuda desinteresada», etc.). No se podrá dar un paso serio hasta que no se analice la realidad que hay detrás de esta auto-representación, su realidad interna y su proyección externa. No se puede valorar la política exterior soviética si no se conoce la base sobre la que se asienta, el sistema soviético. Sería tan igualmente vano e inútil como pretender luchar contra el imperialismo occidental sin conocer la naturaleza del sistema capitalista que lo impulsa. Un pueblo que oprime a otros pueblos, decía Marx, no puede ser libre. No menos cierta seguirá esta idea si le damos la vuelta: un pueblo que no es libre, no puede liberar a otros pueblos.